

CARTA DE AUGUSTO ASSIA

La tentación totalitaria, fuera de lugar

Querido director:

Si llegamos a tener elecciones", objetó, con lo que se veía que era profunda convicción, a una referencia mía sobre las elecciones un caballero que estaba sentado a mi lado en la conferencia de Fraga ante el Club Siglo XXI la otra noche.

No sé quién era el caballero, pero me dijo que dirigía una fábrica con trescientos cincuenta obreros y, aunque semejava persona civilizada, su opinión era que, en vista de que unos cuantos terroristas de izquierda y de derecha se dedican a *asesinarse mutuamente* y cuando no encuentran a nadie mutuo asesinan al que se les pone por delante, ¿qué otra cosa podemos hacer los demás españoles sino eliminar las elecciones?

Aquí, al parecer, hasta las gentes que mandan en trescientos cincuenta obreros, lo cual, para que puedan mandarlos, exige *seguramente* cualidades de paciencia y ecuanimidad, en lo que al manejo de la fábrica se refiere, pierden toda ecuanimidad y paciencia ante la menor de las dificultades en el altar del poder público.

**¿De verdad
no servimos para
la democracia?**

QUE al poder público no puede toserle nadie y que la

autoridad es sagrada se ha convertido en nosotros en una segunda naturaleza tras cuarenta años de adoración de las dos cosas, y hasta a los que son responsables de trescientos cincuenta obreros lo único que se les ocurre es que, en vista de que unos cuantos no guardan las reglas del juego, lo que hay que hacer es romper la baraja o, como dicen los ingleses, volcar el carro de las manzanas.

Son los propios amigos de uno en la tertulia del café, o cuando uno se los encuentra por esos otros sitios de Dios donde se encuentran los madrileños, los que le dejan a uno parpadeando al oírles exclamar, perdida toda proporción de las cosas: "Desengáñate, los españoles no servimos para la democracia, y esto a donde va otra vez de cabeza es hacia la misma situación de 1936."

Si no servimos para la democracia porque en el año, o así, que llevamos intentado establecerla no hemos logrado convencer o derrotar a todos sus enemigos, ¿es que puede nadie decir que servimos para la dictadura, querido director, si después de cuarenta años de dictadura, el país sigue en las mismas condiciones que antes, nos seguimos odiando igual y seguimos siendo presa de las mismas irreconciliables hostilidades, mientras la única cura que somos capaces de contemplar es otra guerra civil y, supongo, otra dictadura, y así, "ad nauseam", cada cuarenta años?

Excepto un Franco inmortal, lo que no parece exactamente al alcance de la mano, ¿cómo puede otro dictador evitar que dentro de otros cuarenta años vuelva a reproducirse la misma situación de ahora, aun en el caso poco probable de que pudiéramos encontrar otro dictador que reuniese las grandes condiciones de prudencia, serenidad y en-

tereza, aun sin incluir la suerte, que reunía Franco?

¿Es que vamos a estar toda nuestra vida en este baile?, pregunto, y pregunto además: ¿es que es posible que cuarenta años de dictadura haya an abotargado de tal modo la

Augusto ASSIA

(Continúa en pág. sigte.)

La tentación totalitaria

(Véase de la pág. anterior)

perspicacia política de los españoles?

¿No ven los españoles, por poco que vean, que no es la democracia, la cual aún ni siquiera sacó los pies del cascarón, lo que ha engendrado aquí el terrorismo, la irreconciliabilidad y el odio?

No estamos en 1936

QUIZA lo más desconcertante es que hasta gentes que parecen perspicaces suponen que aquí puede haber ahora otra guerra civil por las mismas causas que en 1936, y que las mismas causas van a producir los mismos efectos, sin darse cuenta quizá de lo único verdaderamente indisputable y bueno que tuvieron los últimos cuarenta años, lo cual consiste en que el burro ha sido sustituido por el automóvil, una sociedad rústica por una industrial, para no hablar de que ahora don Santiago Carrillo pueda vivir en el Ritz de Barcelona y dialogar con la señorita Carmen Díez Rivera, que nadie me negará a mí que representa un gran progreso rea-

pecto a con quien podía dialogar y donde podía vivir don Santiago Carrillo en el año 36.

¿Comunistas que habitan en el Ritz pueden hacer ahora una guerra civil, y puede hacerse una guerra civil en un país que precisa cuarenta o cincuenta millones de toneladas de combustibles cada año, que importa un millón de millones de pesetas en mercancías, o puede Ejército ninguno serio, y qué duda cabe de que si nosotros tenemos aquí algo serio es nuestro Ejército, puede—pregunto, querido director—un Ejército serio lanzarse a una dictadura en la que sabe que va a verse desamparada por todas las democracias del mundo, sin que haya ahora ningún país fascista, como había Alemania e Italia en el 36, para contrarrestar a las democracias?

Los que sueñan con una dictadura y tienen algo que perder mejor harían en ver antes si es posible hacer que funcione la democracia, me parece a mí, en fin, señor director, con lo que quedo de usted afectísimo amigo.

Augusto ASSIA